

orilla izquierda del Duero para impedir que los franceses lo vadesen.

El enemigo fué llevado por los numantinos avanzando á la alameda donde debía ser sorprendido por la salida repentina de los de Merino; pero éste sin saber por qué se retiró á un cabezo inmediato y los franceses encontraron en la alameda un punto próximo desde donde podían dirigir sus tiros á la barbacana sin recibir apenas daño. Esto no obstante, los numantinos les hicieron resistencia y rechazaron tantas veces como pretendieron atravesar el puente, por lo cual los franceses pidieron parlamento y se convino en un armisticio por unas cuantas horas; mas éstos, faltando á la palabra de honor, rompieron la tregua y por sorpresa atravesaron el puente. El resultado fué que el enemigo se apoderó de la población, aunque con muchas pérdidas, saqueando como de costumbre las casas y prendiendo fuego á parte de los edificios (1).

Animada la Junta con esta victoria, pues así podía considerarse á pesar de la sorpresa, la celebró con funciones religiosas en Serón y dispuso organizar otro cuerpo más, que por su índole se llamó Batallón de Ligeros de Soria. Pero entretanto otra Junta oficiosa recogía á título de tal las contribuciones en la Rioja con perjuicio de la de Villel que era la legítimamente autorizada, pues aquella región hasta Logroño inclusive pertenecía á la provincia de Soria. Esta junta legítima se trasladó con sus tropas á Yanguas para hacer valer desde allí su autoridad, y la de la Rioja, convencida de su ilegitimidad, quedó disuelta, reuniéndose en una las tropas de ambas (2), las cuales confiadas en su número ó entretenidas en estas disputas se dejaron sorprender por el general Roget, jefe de una contraguerrilla organizada por los franceses contra la nuestra, y la derrota

(1) Las pérdidas de los franceses fueron tantas, que de mil cuatrocientos que salieron de Soria volvieron sólo ochocientos.

(2) 500 hombres de infantería tenía la junta disuelta, titulado Batallón de la Rioja, y 160 caballos que se llamaban húsares del país.

fué desastrosa; gracias que á la sazón llegó en su auxilio don Juan Antonio Tabuena con otra guerrilla de sesenta aragoneses y tomó parte en la acción, pues á no ser por él hubiera sido mucho mayor el descalabro. Sin embargo, más de doscientos soldados quedaron muertos, y, como era natural, á la derrota siguió la deserción general. Roget concedió la vida á veinte soldados prisioneros, mas sólo para hacerles ejercitar el arma en la plaza de Yanguas y fusilarlos después. Aleccionada la Junta con este descalabro, se retiró á Deza para reclutar nuevas tropas y reponer las pérdidas, estando resuelta á procurarse á todo trance un general á quien todos los jefes obedecieran, el cual se había echado de menos en el ataque de Yanguas. Ofrecíaseles uno muy capaz y autorizado en D. Agustín José Durán, coronel ascendido á brigadier en la batalla de Bailén, sin empleo á la sazón, que residía en la villa de Cascante.

Propusieron, previa la aceptación, su nombramiento al gobierno, y efectuado éste, pasó Durán á Berlanga con las tropas de que se había encargado interinamente, y en la Colegiata les hizo jurar con toda solemnidad las banderas. «Durán (decía desde Soria Duvernay al capitán general de Burgos) está siempre en Berlanga, la Junta con él, aunque muchas veces se traslada á los pueblos de sus cercanías: algunos brigantes de la banda de Durán se hallan en el camino que hay desde aquí á Aranda y apresan á los viajeros. Durán se ocupa en atrincherarse en Berlanga donde quiere establecerse, y emplea quinientos hombres en barrenar las calles y reparar un viejo castillo del duque de Frías». Durán ni se fortificaba ni pensaba hacerse fuerte en Berlanga sino en organizar una buena guerrilla.

En esto llegaron allí el Cura Merino y D. Juan de Tapia con 400 caballos y 200 infantes, y Durán les propuso sorprender entre todos un convoy de caudales que por aquellos días debía pasar por allí cerca con destino á Burgos. Aprobado pensamiento tan oportuno, se dirigieron todos juntos á Torralba donde esperaban que el convoy llegara, y le acometieron de



sorpresa. Ya estaba apoderado de él Durán, pronunciándose la escolta en retirada, cuando viendo ésta que el Cura Merino, lejos de perseguirla, volvía atrás con los caballos, se rehizo del susto, y acometiendo á los pocos soldados de Durán que dejaron solos los guerrilleros de Burgos, recobró la mayor parte del convoy y aun causó en los nuestros muchas bajas. No se explica el cronista que esto cuenta cómo el Cura Merino abandonó á Durán viendo cómo iban ya los franceses en precipitada fuga, limitándose á decir que él fué la causa de que se malograra esta empresa, como lo fué también de la pérdida de Almazán; mas se comprende que todo fué por el despecho de ver que los caudales caían en poder de los sorianos. Durán se retiró á Berlanga con su gente y con dos cajas de dinero, y los de Burgos se marcharon á su país sin despedirse, como dice también nuestro cronista. Duvernay, que era un hombre demasiado culto y delicado para militar, escribió á Burgos diciendo que no remitiría más caudales si no se le quitaba de Berlanga al Quijote moderno, que era el sobrenombre por él puesto á Durán; y en virtud de esto vinieron desde Burgos tropas en tal número, que Durán se vió precisado á retirarse á la tierra de Monteagudo.

Desde Monteagudo pasó Durán á la Rioja para recoger á los dispersos de Yanguas y obligar á los jefes riojanos Amor y Eraso á que se incorporaran con él, lo que tan solamente consiguió de este último; y antes de volver al ataque se detuvo en San Pedro Manrique para dar descanso á las tropas. Aquí acudió Duvernay contra él con mil hombres y cien caballos de la guarnición de Soria. Noticioso Durán de su llegada, salió del pueblo y se parapetó en el sitio que llaman del Espinar, mientras llegaba la caballería que había mandado á forrajear á Cornago. Duvernay no le dió tiempo, atacándole antes de que viniera este refuerzo; sin embargo, la derrota de los franceses fué tan grande, que Duvernay tuvo necesidad de volver á detenerse en San Pedro Manrique á curar muchísimos heridos.

Cuéntase que las tropas francesas derrotadas por nuestros numantinos en este ataque eran de la famosa guardia imperial, lo que hizo más gloriosa la victoria; esto se explica fácilmente sabiendo que las tropas francesas se habían entregado en Soria á la vida regalada y perdido en gran parte su vigor.

Nuevas marchas y contramarchas, ataques y sorpresas que sería prolijo describir, hicieron memorable la división soriana é inmortales los nombres de sus jefes; la retirada hasta Sigüenza, la contramarcha á Arnedo, los ataques de Ariza, Calatayud, Deza y Tarazona, y las jornadas de Almunia, Daroca y Villafeliche, acreditaron á Durán del mejor guerrillero y á los jefes Tabuena, Amor y los demás de inteligentes y esforzados; pero las empresas que merecen particular mención son la acción de Osonilla y la toma de Soria. Noticioso Durán en Villalengua de que la guarnición francesa de Soria iba á Berlanga por caudales recaudados por aquellas contribuciones tan exorbitantes que imponían, dejó el Aragón y corrió al punto para dar una sorpresa: en Almazán supo que en aquel día (29 de Noviembre de 1811) la guarnición pernoctaba en Quintana Redonda; salió á su encuentro y la alcanzó en el pueblo de Osonilla. La derrota fué tan grande, que el mismo Durán gritaba á sus soldados que perdonaran á los enemigos, que dieran cuartel y no se derramara tanta sangre. Setecientas fueron las bajas de los franceses, treinta caballos muertos y ocho cajas de guerra quedaron en poder de los nuestros, con más, grano en cantidad de seiscientas fanegas, municiones, mochilas y otros muchos despojos. D. Juan González Santa Cruz, vecino de Berlanga y aficionado á la poesía, celebró en sentidos versos esta célebre acción que animó á los numantinos para acometer la difícil empresa de la toma de Soria.

Previos otros encuentros, marchas y contramarchas para desorientar al enemigo, el vencedor de Osonilla se acercó á la población y distribuyó su gente, estableciendo su campamento

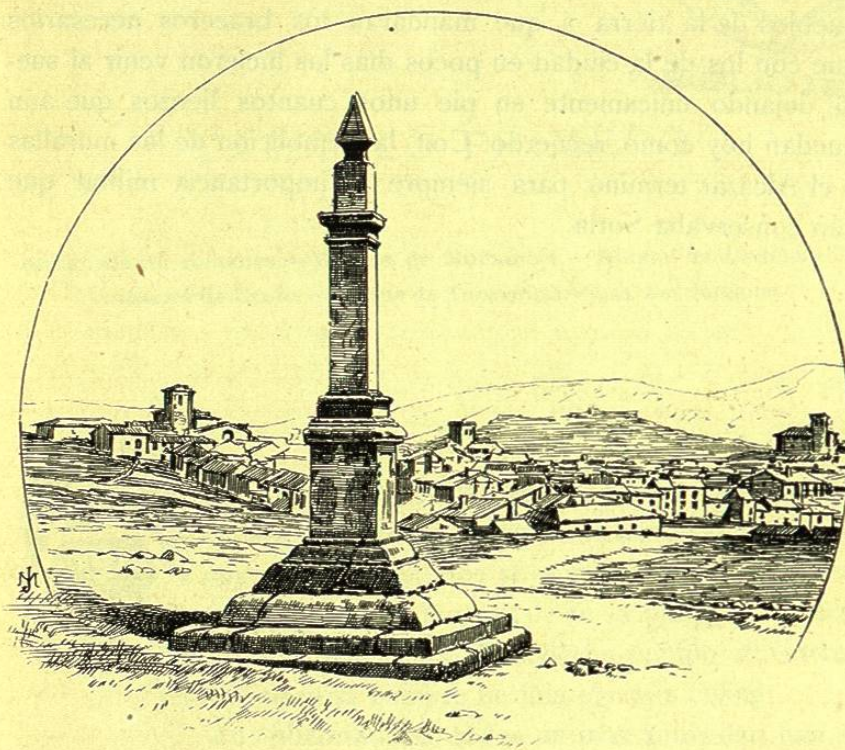


cerca del arrabal en el campo de Santa Bárbara. Fuerzas del enemigo venían de Logroño y de Burgos en socorro de la plaza, pero unas y otras retrocedieron al saber que Durán mandaba más de seis mil hombres. Volvieron pues al sitio las tropas numantinas, y el resultado fué que, después de una gran resistencia, la guarnición se encerró en el castillo y la división se hizo dueña del arrabal y de la plaza. En seguida trataron de minar el castillo; mas como se pasaran siete días sin conseguirlo, en este tiempo vino un gran refuerzo de Burgos y fué de todo punto preciso disponerse para la retirada. Por la puerta del puente salió la guarnición á tambor batiente, sin precipitarse, y haciendo alto á una legua, tomó tranquilamente la dirección de San Pedro Manrique (del 2 al 17 de Mayo de 1812).

En Arnedo celebró Durán la toma de Soria con una solemne función de iglesia, en la que pronunció el discurso de gracias D. Lino Matías Picado Franco, capellán de uno de los cuerpos de la división y autor de la historia de la guerrilla de la cual hemos tomado todas estas noticias. Pero á la vez los franceses en Soria fusilaron en el campo de Santa Bárbara á la Junta de Burgos, cuyos individuos fueron hechos prisioneros en el camino por las tropas auxiliares que vinieron de allí. Más humilde y sencillo, pero muy parecido al monumento del 2 de Mayo de Madrid, se levanta hoy un obelisco de piedra sillar que los sorianos alzaron á la memoria de estos mártires de la Independencia; pero casi olvidado y desapercibido, borrada la inscripción y medio oculto por la plaza de toros, pocos son ya los que reparan en él; ¡que con el tiempo, al fin, se olvida todo!

Dos empresas heroicas: el asalto de Tudela, para inutilizar, como lo hicieron clavando los cañones, el parque que mandaban los franceses de Zaragoza á Ciudad Rodrigo, y la toma en seguida de Aranda de Duero, con el bloqueo de Soria sostenido por el intrépido Tabuena, completaron los servicios de la división soriana; pero tantos sacrificios fueron á la verdad bien mal recompensados. El general Durán, que se creía justamente

acreedor á una buena recompensa, recibió orden de operar en Aragón, donde se distinguió con sus numantinos en la toma de Zaragoza; pero el gobierno dió el título de general en jefe de Aragón á Mina, mucho más joven que aquel, y además el en-



SORIA.—MONUMENTO DE LA INDEPENDENCIA Á LA JUNTA DE BURGOS

cargo expreso de que Durán se pusiera á sus órdenes. Mina, resentido por el triunfo que había conseguido el guerrillero soriano en Zaragoza, le mandó, con pretexto de haberle faltado al respeto, de cuartel á Valencia, quitándole sus numantinos, que era el cuerpo más lucido de la división; los soldados de ésta se incorporaron después sucesivamente á diferentes cuerpos de ejército, y de sus individuos no se volvió á acordar ya más la patria ingrata.